

te envió un mechón de mis cabellos. Un día que el peluquero me los quemó con las tenacillas, recuerdo que quisiste pegarle. Puesto que no querías que me los quemasen, no arrojarás al fuego mi presente.

»Adiós, adiós para siempre.

»Tu fiel amiga,

Bernereta.»

Me han contado que después de leer esta carta, Federico se lanzó á una tentativa funesta. No hablaré aquí de ella; los hombres indiferentes juzgan ridiculos semejantes actos cuando se sobrevive. Las opiniones del mundo son tristes en este punto. Se rie del que intenta morir y se olvida á quien realmente muere.

FIN

MARGOT

MARGOT

I

En una casa grande, de estilo gótico, situada en la calle del Perche, en el Marais, vivía, en 1804, una dama anciana, á quien todo el barrio conocía y quería, llamada la señora Doradur. Era una mujer antigua, no de la corte, sino de la clase acomodada; rica, devota, de carácter alegre y caritativa. Llevaba una vida muy retirada y su ocupación única consistía en hacer limosnas y en jugar á la baraja con sus vecinos. En su casa se comía á las dos y se cenaba á las nueve. Apenas salía sino para ir á la iglesia ó para dar un paseo y volver por la plaza Real. En una palabra, había conservado las costumbres y hasta el traje de su época, cuidándose poco de la nuestra. Leía los devocionarios mejor que los periódicos y dejaba al mundo recorrer su carrera, no pensando sino en morir tranquilamente.

Como hablaba bien y aún demasiado, tuvo á su lado, desde la edad de veinte años en que había quedado viuda, una señorita que la acompañaba, de la cual nunca se separaba,

llegando á ser una amiga. Siempre se las veía juntas en misa, en el paseo y sentadas al amor de la lumbre. La señorita Ursula guardaba las llaves de la bodega, las de los armarios, y hasta las de la mesa de escritorio. Era una joven alta y seca, de aspecto hombruno, muy déspota y de carácter áspero. La señora Doradur, que no era alta, se colgaba al hablar del brazo de su fea acompañante, á quien llamaba su buenisima amiga, y, como los niños, se dejaba llevar con andadores. Mostraba ciega confianza en su favorita, y previamente la había asegurado herencia sólida en su testamento. La señorita Ursula lo sabía; por consiguiente, aparentaba querer á su señora más que á sí propia, y sólo hablaba de ella elevando los ojos al cielo y exhalando suspiros de reconocimiento.

No hay para qué decir que la señorita Ursula era el ama de la casa. Mientras la Doradur hacía media, tendida en el sofá, la señorita Ursula, cargada de llaves, recorría majestuosamente los corredores, golpeaba las puertas, pagaba á los mercaderes y quemaba la sangre á los criados; pero cuando llegaba la hora de comer y los invitados entraban, mostrábase tímida, con un vestido obscuro y modesto: saludaba con beatitud y sabía echarse á un lado abdicando aparentemente. En la iglesia nadie rezaba con mayor devoción que ella ni bajaba más los ojos. Si acontecía á la señora Doradur, cuya religiosidad era sincera, el quedarse dormida en lo más interesante del sermón, la señorita Ursula empujábala ligeramente con el codo y el predicador quedaba muy reconocido. La señora Doradur tenía arrendadores, inquilinos, negociantes: la señorita Ursula examinaba las cuentas, y en punto á argucias de leguleyo,

mostrábase incomparable. Gracias á ella, en la casa no había ni una brizna de polvo; todo estaba limpio, nítido, reluciente, cepillado: los muebles en buen orden; la ropa blanca, nivea; la vajilla, como los chorros de oro; los relojes en hora. Todo lo había menester la doncella para poder regañar á su sabor y para reinar en plena gloria.

A la señora Doradur no se le ocultaban los defectos de su buena amiga, pero en realidad nunca supo más que advertir el bien en este mundo. Nunca veía claro el mal y lo experimentaba sin comprenderlo. Por otra parte, la costumbre la avasallaba, y hacía veinte años que la señorita Ursula la daba el brazo y que por las mañanas tomaban el café juntas. Cuando su protegida hablaba demasiado recio, la señora Doradur dejaba su labor, levantaba la cabeza y preguntaba con vocecilla aflautada: «¿Qué sucede, mi buenisima amiga?» Pero la amiga buenisima no siempre se dignaba contestar, ó, si contestaba, hablaba de tal suerte que la señora Doradur volvía á su labor tarareando una canción para no oír más de lo que ya había oído.

Aconteció de súbito que después de una tan dilatada confianza, Ursula engañaba á todo el mundo, principiando por su propia dueña; no solamente se procuraba una renta con el dinero que administraba, sino que se apropiaba de antemano, antes de que el testamento tuviera efecto legal, de los vestidos, ropa blanca y hasta de las joyas de la señora Doradur. Como la impunidad enardecía su rapacidad, llegó hasta el extremo de guardar una cajita con diamantes, de los cuales la señora para nada se servía, pero que guardaba con veneración en una có-

moda de tiempo inmemorial, como recuerdo de sus encantos perdidos.

La señora Doradur no quiso llevar á los tribunales á una mujer á quien habia querido; se limitó á echarla de su casa y se negó á autorizarla para que se despidiera. Mas de todas suertes se encontró de pronto en medio de una soledad tan cruenta, que derramó lágrimas amarguísimas. A pesar de su piedad acendrada, no pudo menos de maldecir de la inestabilidad de las cosas humanas y de los implacables caprichos del azar, que ni siquiera respeta un error añejo y grato.

A uno de sus buenos vecinos llamado M. Després, que llegó un día á procurarle consuelo, pidióle parecer sobre su situación.

—¿Qué va á ser ahora de mí?—le dijo.—Yo no puedo vivir sola, ¿dónde encontraré otra amiga nueva? La que acabo de perder me fué tan cara y tanto me habia con ella familiarizado, que á pesar del triste modo que de recompensarme tuvo, lamento no tenerla más á mi lado. ¿Quién me responderá de otra nueva? ¿Qué confianza puede inspirarme ahora una desconocida?

—La desdicha que habéis experimentado—respondió M. Després,—sería tremendamente perdurable si hiciera dudar de la virtud á un alma tal como la vuestra. En el mundo hay miserables é hipócritas, pero hay también gentes honradas. Buscad otra señorita que os acompañe, pero no lo hagáis á la ligera ni tampoco os mostréis en exceso escrupulosa. Vuestra confianza fué burlada una vez, cierto, pero esto no es razón para que lo vuelva á ser de nuevo.

—Creo que decís verdad—replicó la señora Doradier,—pero estoy muy triste y desasosega-

da. En Paris no conozco un alma: ¿no podríais hacerme el favor de informaros personalmente, y de encontrar para mí una muchacha honrada á quien yo trataría bien, y que me serviría al menos para darme el brazo cuando vaya á San Francisco de Asís?

M. Després, en su calidad de buen inquilino del Marais, no era ni inactivo ni despierto. Púsose, sin embargo, á la mira, y al cabo de algunos días, la Doradur tenía una nueva señorita, á la cual, dos meses después, habia concedido toda su amistad, porque era tan ligera como buena. Pero fué menester echar á la calle á la doncella nueva, no por mal educada, sino porque era poco honesta. Para la señora Doradur, fué este un motivo nuevo de disgusto. Quiso escoger nuevamente, recorriendo para ello todo el vecindario y hasta el *Diario de Avisos*, sin que por ello fuese más afortunada.

El abatimiento se apoderó de su ánimo, y entonces se vió á la buena señora apoyada en un bastón encaminarse sola á la iglesia. Había resuelto—decía,—que sus días acabaran sin solicitar el concurso de nadie, y cuando la gente la veía, esforzabase en soportar, sin ningún duelo, sus años y su tristeza; pero sus piernas temblaban al subir la escalera, porque tenía ya setenta y cinco años. Por la noche se la veía junto al fuego con las manos enlazadas y la cabeza baja: no podía soportar la soledad; su salud, ya debilitada, se trastornó muy pronto, y poco á poco la melancolía se apod. ró de su alma.

Tenía un solo hijo llamado Gastón, que abrazó temprano la carrera de las armas y que estaba en la guarnición en la época de que hablamos. Su madre le escribía para contarle sus quebrantos y para rogarle que la socorriese

en la situación angustiosa en que se hallaba. Gastón quería entrañablemente á su madre; pidió licencia y la obtuvo, pero desgraciadamente su guarnición residía en la ciudad de Strasburgo, donde como es sabido viven las más lindas grisetas de Francia. Sólo allí se ven esas alemanas morenas que poseen juntamente la languidez germánica y la vivacidad francesa. Gastón mantenía relaciones inmejorables con dos lindas estanqueras, que no quisieron dejarle partir. Vanamente intentó persuadir las, y hasta las enseñó la carta de su madre: las muchachas le contestaron con tan malas razones, que al fin se dejó convencer y fué aplazando el viaje de día en día.

Mientras tanto, la señora Doradur cayó enferma de cuidado. Había nacido tan alegre y los dolores morales eran para ella cosa tan poco natural, que no pudieron menos de constituir una enfermedad. Los médicos no sabían qué hacer. —Dejadme—decía la anciana,—quero morir sola. Puesto que me abandonó todo cuanto amé, ¿qué ha de importarme un resto de vida en la cual nadie se interesa.

En su casa reinaba la más profunda tristeza, y al mismo tiempo un desorden nunca visto. Viendo los criados á su ama moribunda y sabiendo que el testamento estaba hecho tiempo hacía, comenzaban á no hacerla caso. Aquella vivienda, antaño tan bien cuidada y cuyos muebles estaban tan bien dispuestos, estaba sucia y polvorienta.—¡Ay, mi querida Ursula!—exclamaba la señora Doradur,—mi excelente compañera, ¿á dónde estáis? Vos echariais de mí lado á los ganapanes que me rodean.

Un día que se hallaba más triste que nunca, todos la vieron sorprendidos levantarse súbita-

mente del sofá, apartar la cortina y ponerse los anteojos. Tenía en la mano una carta que acababan de entregarla y que desdobló con sumo cuidado. En lo alto de la carta había una linda viñeta que representaba el templo de la amistad, con un altar en el centro y en él dos corazones inflamados. La carta estaba escrita en bastardilla gruesa, las palabras perfectamente alineadas, con grandes rasgos en las mayúsculas, y era una felicitación de año nuevo, concebida, sobre poco más ó menos, en los siguientes términos:

«Muy señora mía y querida madrina: Me dirijo á usted en nombre de toda la familia para desearla un año bueno y feliz. Papá, mamá y mis hermanos, se lo desean á usted igualmente. Hemos sabido que estaba usted enferma, y pedimos á Dios que la conserve bien, lo que acontecerá seguramente. Me permito la libertad de escribirla, y soy con el mayor respeto y veneración su servidora,

MARGARITA PIEDELEU.»

La señora Doradur puso esta carta después de leida en la cabecera del sofá, mandó llamar al punto á M. Després y le dictó la contestación. Nadie tuvo en la casa conocimiento de ella, pero en cuanto la respuesta hubo partido, la enferma se mostró más sosegada, y pocos días después tan alegre y buena de salud como nunca lo había estado.

II

El buen Piedeleu era natural de Beanci; allí había pasado su vida y allí pensaba morir. Era

un anciano y honrado arrendador de las tierras de la Honville, cerca de Chartres, que pertenecían a la señora Doradur. Nunca había visto una selva ni tampoco una montaña, porque nunca abandonó la casa de labor sino para dirigirse a la ciudad ó a los alrededores, y la Beauce, como es sabido, es llana como la palma de la mano. Cierto que había visto un río, el Eure, cuyas aguas se deslizaban cerca de su casa. Cuanto al mar creía en su existencia como en la del paraíso; es decir, que pensaba en la necesidad de ir á verlo; de manera que no encontraba en el mundo más que tres cosas dignas de admiración: el campanario de Chartres, un joven hermoso y un hermoso campo de trigo. Su erudición limitábase á saber que hace calor en verano, frío en invierno, y además el precio de los granos en el último mercado. Pero cuando á mediodía, á la hora en que los labradores descansan, el buen hombre salía del corral para dar los buenos días á sus cosechas, daba gozo ver su elevada estatura y sus anchas espaldas dibujarse en el horizonte. Parecía entonces que los trigos estaban más erguidos y más altivos que de costumbre, que las rejas de los arados eran más relucientes. Ante su mirada, los mozos tendidos á la sombra y comiendo se descubrían respetuosos al par que engullían sus hermosos trozos de pan y queso. Los bueyes rumiaban con mejor continente, los caballos se erguían cuando los acariciaba la mano del amo, que golpeaba sus grupas redondeadas. Nuestro país es granero de Francia,—solía decir el buen hombre; luego inclinaba la cabeza al andar, contemplaba sus surcos geoméricamente alineados y se perdía de vista contemplándolos.

Su esposa, la señora Piedeleu, le había dado nueve hijos, de los cuales ocho fueron varones, y si cada uno de los ocho no medían hasta seis pies de altura, no les faltaba gran cosa. Cierto que así era la estatura del buen Piedeleu, cuya madre medía cinco pies y cinco pulgadas: era la mujer más hermosa de todo el país. Los ocho mocetones, fuertes como toros, terror y admiración del lugar, obedecían como esclavos á su padre. Eran, por decirlo así, los primeros y más celosos de entre sus criados, y sucesivamente ejercían las funciones de carreteros, aradores y trilladores. Era un hermoso espectáculo el ver á los ocho mocetones ya arremangados y con las hoces en la mano levantando una hacina de mies, ya el domingo yendo á la misa con el padre á la cabeza, ya, en fin, por la noche después del trabajo, sentados en derredor de la larga mesa de la cocina, charlar comiendo la sopa y entrechocar sus grandes vasos de estaño.

En medio de esta familia de gigantes había venido al mundo una criaturita encantadora y rebosante de salud: era el noveno hijo de la señora Piedeleu, Margarita, á quien llamaban Margot. Su cabecita ni siquiera llegaba al codo de sus hermanos, y cuando su padre la besaba, levantábala del suelo y la colocaba en la mesa. La pequeña Margot no había cumplido todavía dieciséis años; su nariz remangada, su linda boquita siempre sonriente, su tez dorada por el sol, sus brazos regordetes y su talle redondo asemejábanla á la alegría misma, de tal suerte que era el contento de toda la familia. Sentada en medio de sus hermanos aparecía radiante, como un haz de trigo. «Yo no sé—decía el bueno de Piedeleu,—como mi mujer se las com-

puso para hacerme esta criatura: es un obsequio de la Providencia, pero es lo cierto que este retoño me hará reír toda mi vida.

Margot gobernaba la casa; la madre Piedeleu, aunque estaba fuerte todavía, la había encomendado ese cuidado á fin de habituarla temprano al orden y á la economía. Margot guardaba la ropa blanca y el vino: custodiaba la vajilla, que no se dignaba fregar, pero en cambio ponía los cubiertos en la mesa, llenaba los vasos y cantaba una canción á los postres. Las criadas de la casa la llamaban señorita Margarita, porque mostraba en todo personalidad cabal. Por lo demás, como dice la gente del pueblo, era cuerda como un santo. Lo cual no quiere decir que no fuese coqueta: era joven, bonita é hija de Eva. Pero si á un muchacho, aun de los más distinguidos del lugar, se le ocurría estrecharla el talle más de lo conveniente, las consecuencias no eran muy agradables; el hijo de un arrendador, llamado Yarry, que era lo que comunmente se llama una mala persona, la besó un día en el baile y la muchacha le pagó con un buen sopapo.

El señor cura profesaba á Margot singular cariño. Cuando quería poner á alguien por modelo, Margot iba siempre en primer término, y hasta llegó un día á honrarla hablando de ella en el sermón, mostrándola como dechado á su rebaño. Si el progreso de los tiempos no hubiera traído consigo la supresión de las coronas de rosa para las jóvenes, Margot hubiera llevado la corona, la cual habría valido más que un sermón, pero los caballeros del 89 suprimieron otras cosas mucho mejores. Margot sabía coser y hasta bordar, y su padre quiso además que supiese leer y escribir, y también ortogra-

fa, geografía y un poco de gramática. Una monja carmelita se encargó de su educación, de suerte que Margot era el oráculo del lugar: así que abría la boca, los campesinos se quedaban embobados; deciales que la tierra era redonda y la creían bajo su palabra. Los dominicos congregábase la gente en derredor suyo, cuando bailaba en el césped, porque lo hacía maravillosamente. En suma, Margarita hallaba medio de ser amada y admirada, lo cual suele ser difícil.

El lector sabe ya que Margot era ahijada de la señora Doradur y que la había escrito felicitándola por año nuevo en buen papel con viñetas. Esta carta, que no tenía diez líneas, había costado muchas fatigas á la arrendadorilla, porque en literatura no era ser fuerte. La señora Doradur, que siempre quiso mucho á Margot, y que la tenía por la joven más honrada de la región, determinó pedirselo á su padre para hacer de ella, á ser posible, la señorita de compañía.

El buen Piedeleu estaba un día muy ocupado en su corral contemplando una rueda nueva que acababan de colocar en una de sus carretas. La madre Piedeleu, de pie bajo el cobertizo, sostenía gravemente con unas tenazas gruesas la nariz de un toro rebelde para que no se moviese mientras el veterinario le curaba. Los mozos de la granja trotaban á los caballos que volvían del abrevadero. El ganado ya se recogía en procesión majestuosa, encaminándose hacia el establo á la caída del sol, y Margot, sentada en su haz de tréboles, leía un número antiguo del *Diario del Imperio*, que el cura la había prestado.

El propio sacerdote comparció al instante y

le entregó una carta de parte de la señora Doradur. Piedeleu abrióla con respeto, y así que hubo leído las primeras líneas, vióse obligado á sentarse en un banco, lleno de connocción y sorpresa: «¡Pedirme á mi hija!—exclamaba—¡á mi hija única, á mi pobre Margot!

Al oír estas palabras, la señora Piedeleu acudió asustada; los mozos, que volvían del campo, se reunieron en derredor de su padre y no se atrevían á moverse ni á respirar. Pasadas las primeras exclamaciones, toda la familia guardó silencio.

El cura tomó entonces la palabra y enumeró todas las ventajas que Margot encontraría aceptando la proposición de su madrina. La señora Doradur había prestado grandes servicios á los Piedeleu; era su bienhechora y tenía necesidad de alguién que la hiciera la vida grata, que cuidara de ella y de su casa; para esto se dirigía á sus arrendadores con plena confianza; ella, por su parte, trataría bien á su ahijada y además la aseguraría su porvenir. Piedeleu oyó al cura sin desplegar los labios, y luego pidió algunos días para reflexionar antes de tomar una determinación.

Al cabo de una semana, y después de no pocas dudas y muchas lágrimas, resolvió que Margot se pondría en camino para París. Su madre estaba inconsolable: decía que era vergonzoso convertir á su hija en sirvienta, cuando no tenía sino que elegir entre los mejores mozos del país para llegar á ser una rica heredera. Por primera vez en su vida, los hijos de Piedeleu dejaron de estar de acuerdo; querellábanse todo el día, consintiendo los unos y negándose los otros á la partida de la hermana. En fin, aquello era un desorden y duelo hasta entonces

inauditos en la casa. Pero el bueno de Piedeleu recordaba que uno de los malos años, la señora Doradur, en vez de pedirle el dinero del arriendo, le había enviado un saquito de escudos; impuso silencio á todo el mundo y decidió que su hija partiera.

Llegado el día de la marcha, engancharon un caballo á la calesa, á fin de llevar á Margot á Chartres, donde había de montar en la diligencia. Aquel día no fué nadie al campo y se reunió casi toda la gente del lugar en el corral de la granja. Habían hecho á Margot un equipo completo: el interior, la trasera y el techo de la calesa, estaban repletos de bultos y cajas; pues no querían los Piedeleu que se hiciera en París mal papel. Margot se había despedido de todo el mundo é iba á abrazar á su padre, cuando el cura la cogió la mano y la dirigió una alocución paternal sobre su viaje, sobre la vida futura y sobre los peligros que la esperaban. «Guardad vuestra prudencia—dijo el digno varón al acabar,—que es el más preciado de los tesoros, velad por él y Dios hará todo lo demás».

El buen Piedeleu tenía los ojos llenos de lágrimas, aunque no lo alcanzó todo en el discurso del cura. Abrazó á su hija contra su corazón, la dejó, volvió junto á ella y la abrazó de nuevo; quería hablar, pero su perturbación se lo impedía:—Acuérdate de los consejos del cura—acertó á decir al fin con voz trémula,—acuérdate, pobre hija mía... Luego añadió bruscamente:

—Por todos los diablos juntos, no dejes de tenerlos presentes.

El cura, que levantó las manos para echar á Margot la bendición, se detuvo al oír tales palabras. Pero el pobre hombre las había proferido

para sobreponerse á su emoción; luego volvió la espalda al cura y entró en su casa sin añadir una sola palabra.

Margot trepó á la calesa, y ya iba á andar el caballo, cuando se oyó un suspiro tan fuerte que todo el mundo volvió la cabeza y vieron á un muchachuelo como de catorce años, en el cual nadie hasta entonces se había fijado. Llamábase Pierrot y su oficio no era de los más nobles, pues consistía en guardar gansos; pero quería entrañablemente á Margot, y no por amor, sino por amistad. También Margot quería al pobre diablillo; muchas veces le había dado cerezas ó uvas para con ellas acompañar el pan seco. Como no carecía de inteligencia, Margot gustaba de hacerle hablar y de enseñarle lo poco que sabía; y como eran casi de la misma edad, sucedía con frecuencia que el profesor y el discípulo jugaban juntos alegremente. Por aquellos días, Pierrot llevaba un par de zuecos que Margot le había regalado, porque le daba lástima verle descalzo. De pie en un rincón del corral, rodeado de su modesto rebaño, Pierrot miraba sus zuecos y lloraba de todo corazón. Margot le dijo que se acercara y alargó su mano: el chico la cogió y la llevó á la cara como si hubiera querido besarla, pero la puso en sus ojos; Margot la retiró bañada en llanto. Dijo adiós por postrera vez á su madre y la carroza se puso en marcha.

III

Cuando Margot subió á la diligencia de Chartres, la idea de recorrer veinte leguas y al término del viaje encontrar París, la trastornó tanto que no comió ni bebió. Desolada aún como

se hallaba por dejar su país natal, no podía menos de mostrarse curiosa; tantas veces había oído hablar de París como de una maravilla, que aun no creía ver por sus propios ojos una ciudad tan hermosa. Entre sus compañeros de viaje había un viajante, que cual los demás de su profesión, no dejó de hablar hasta por los codos. Margot le escuchaba sumida en religioso silencio. En las contadas preguntas que la joven arriesgó, conoció el viajante que se trataba de una novicia, y subiendo de punto en sus exageraciones, hizo de la capital un retrato tan extravagante y ampuloso, que al oírle, ignorábase si se trataba de París ó de Pekin. Margot no le ponía ningún reparo, y en cuanto á él no era hombre que se parara en barras, aun á riesgo de pasar por embustero á la primera ocasión. Aquel individuo llegaba al grado supremo de la fanfarronería. Recuerdo que yendo á Italia me ocurrió lo propio que á Margot: uno de mis compañeros de viaje me hizo una descripción de Génova cuando yo iba á verla, y mintió en el barco que nos llevaba, mintió á la vista de la ciudad, y en el puerto aun siguió mintiendo.

Los carruajes que de Chartres llegan á París entran en la ciudad por los Campos Eliseos. Puede suponerse la admiración de una lugareña ante el cuadro de una entrada tan magnífica que en el mundo todo no tiene igual, y que se creería hecha exprofeso para recibir un héroe triunfante, dueño del resto del universo. Las sosegadas y angostas calles del Marais parecieron luego muy tristes á Margot. Sin embargo, cuando el coche se detuvo ante la puerta de la señora Doradur, quedó encantada con la hermosa fachada de la casa. Levantó el llamador con temblorosa mano y sonó con temor entreve-

rado de gozo. La señora Doradur aguardaba á su ahijada; recibíola con los brazos abiertos y la hizo mil caricias; la llamó su hija, la sentó á su lado é hizo que la diesen de cenar.

Aturdida Margot por el ruido de la calle, las tapicerías, los artesonados y los dorados muebles, fijábase sobre todo en los hermosos espejos que decoraban la sala. La muchacha, que nunca se había peinado sino en el espejillo de mano de su padre, encontró lindo y prodigioso ver su imagen repetida en torno suyo de tantos modos diferentes. Las maneras delicadas y pulidas de su madrina, sus expresiones nobles y reservadas, hacíanla experimentar impresión intensa. Hasta el propio traje de la buena dama, su amplia falda de seda rameada, su gorro y sus cabellos empolvados, daban que pensar á Margot, haciéndola ver que se encontraba frente á una individualidad particularísima.

Como su espíritu era presto y ágil y tenía al propio tiempo la inclinación grande á imitar, tan natural en los niños, apenas hubo hablado una hora con la señora Doradur, cuando intentó que la sirviese de modelo. Irguióse, ajustó su tocado y puso á contribución toda su ciencia gramatical. Pero desgraciadamente el buen vino que su madrina la hizo beber para que se repusiera de las fatigas del viaje, embrolló muy luego sus ideas é hizo que sus párpados se cerrasen. Cogióla de la mano la señora Doradur y la llevó á un hermoso cuarto; después la besó de nuevo, díola las buenas noches y se retiró.

Al punto oyó que llamaban á la puerta y entró una camarera, quien despojó á Margot de su chal y su gorra y se arrodilló para descalzarla. Hasta que la quitó la camisa no echó de ver que la desnudaban, y sin fijarse en que estaba

completamente desnuda, hizo una reverencia á su camarera, despachó sus oraciones y en seguida se metió en la cama. Al resplandor de la lamparilla vió que en su cuarto había también muebles dorados y también uno de aquellos magníficos espejos que tanto la habían enusiasmado. Encima del espejo había un entrepaño, y los amorellos que allí se veían esculpidos antojáronsele otros tantos buenos genios que la invitaban á contemplarse. Prometióse no dejar de hacerlo, y mecida por los ensueños más deliciosos se durmió respirando delicias.

En el campo la gente madruga mucho, y nuestra campesinita se despertó al día siguiente á la hora en que los pájaros empiezan sus gorjeos. Sentóse en la cama, y al contemplar su lindo palmito en su espejo amado, honróse con una sonrisa muy graciosa. La camarera apareció en seguida y preguntó respetuosamente si la señorita quería bañarse. Al mismo tiempo colocó en sus hombros un traje de franela escarlata que pareció á Margot la púrpura de un monarca.

La sala de baño de la señora Doradur era más profana de lo que conviene á una devota, y había sido construida en la época de Luis XV. El baño, colocado en una plataforma, estaba situado en una bóveda estucada rodeada de doradas rosas; los inevitables amorellos aparecían en derredor del techo. En el entrepaño opuesto á la entrada se veía una copia de las *bañistas* de Boucher, que había sido pintada acaso por Boucher mismo. Una guirnalda de flores jugueteaba en el artesonado, un tapiz blando cubría el suelo, y cortinajes de seda galantemente recogidos dejaban penetrar al través de la persiana la luz tenue y misteriosa. No

hay para qué decir que todo este lujo estaba algo deslucido por el transcurso de los años; también los dorados habían envejecido, mas por lo mismo gustaba permanecer allí y se sentía como un resto del perfume de aquellos sesenta años de locura en que gobernó el rey bien amado.

Cuando Margot se vió sola en la sala, acercóse tímidamente á la ventana. Examinó primero los dorados grifos que había á cada lado de la bañera y no se atrevió á meterse en el agua, que le parecía por lo menos agua de rosas; metió muy despacito una pierna, luego la otra, y después permaneció en pie contemplando el entrepaño. Margot no sabía una palabra de pintura; las ninfas de Boucher la parecieron diosas y no imaginaba que semejantes mujeres pudiesen existir en la tierra, ni que pudieran comer con unas manos tan blancas, ni andar con unos pies tan pequeños. ¿Qué no hubiera dado Margot por ser tan hermosa como ellas? Ignoraba que con sus manos curtidas valía cien veces más que aquellas muñecas. Un leve movimiento de la cortina la arrancó de su distracción; estremeciése ante la idea de ser sorprendida en el estado en que se encontraba y se sumergió en el agua hasta el cuello.

Al punto se apoderó de Margot una dulce sensación de bienestar. Como los niños hacen, empezó por jugar en el agua con la punta de su peineador; entretúvose luego en contar las flores de la sala y después examinó los amorcillos, pero encontró feos sus gruesos vientres. Apoyó su cabeza en el borde de la bañera y miró por la ventana entreabierta.

La sala de baño estaba en el piso bajo y la ventana daba al jardín. No era aquel un jardín

á la inglesa, sino un jardín antiguo á la usanza francesa, que vale tanto como cualquiera otro: había hermosos paseos enarenados y bordeados de bojés; grandes cuadros cubiertos de flores matizadas de colores vistosos; lindas estatuas aquí y allá, y en el fondo un laberinto en forma de seto. Margot contemplaba el laberinto, cuya entrada tenebrosa la ponía meditabunda: recordaba el juego del escondite, y pensaba que en las revueltas del seto debía de haber excelentes agujeros donde meterse.

Un joven guapo, vestido de húsar, salió en aquel momento del laberinto y se dirigió hacia la casa. Después de atravesar el *parterre* pasó tan cerca de la ventana de la sala de baño que sacudió la persiana con el brazo izquierdo. Margot no pudo contener un leve grito que la sorpresa la ocasionó; el joven se detuvo, abrió la persiana y asomó la cabeza; vió á Margot en el baño, y aunque era húsar se puso colorado. Margot se puso también encarnada y el joven se alejó.

IV

Hay bajo la capa del cielo una cosa desagradable para todo el mundo, y, sobre todo, para las jóvenes: ello es que la cordura es un trabajo y que tan sólo para ser razonable precisa esforzarse grandemente, mientras que para hacer tonterías basta con dejarse deslizar blandamente.

Homero nos enseña que Sisifo era el más cuerdo de los mortales. Sin embargo, los poetas le condenan unánimes á empujar una voluminosa roca hacia lo alto de una montaña, de donde cae de nuevo encima del desdichado que vuelve